

VIVIENDO LA GRACIA:

LA BELLEZA DE LA SANTIDAD

PROFESOR CORY GRIESS

Profesor de Teología Práctica en el Seminario Protestant Reformed Theological Seminary y miembro de la First PRC en Grand Rapids, Michigan.

INTRODUCCION

La santidad es una preocupación para las Iglesias Protestantes Reformadas. Los padres de la PRC vieron que la doctrina de la gracia común de Abraham Kuyper teóricamente destruía la diferencia espiritual entre la iglesia y el mundo. Habia preocupaciones por los efectos que la doctrina de Kuyper estaba teniendo claramente en la vida del pueblo de Dios, preocupaciones que muchos de los líderes de la CRC compartían con los padres de la PRC, aunque estos hombres no veían la raíz doctrinal del problema. El primer número del *Standard Bearer* contenía un artículo de Herman Hoeksema sobre los dos árboles en el jardín, por medio de los cuales, "la antítesis fue introducida en la vida del hombre. Su llamado como amigo del pacto de Dios ahora no era solo servir al único Señor, sino también rechazar al otro, amar la luz y odiar las tinieblas, escoger el Bien y rechazar el mal".[1] Este llamado a vivir de forma antitética continúa para el pueblo de Dios, y por ello se predica con regularidad en las congregaciones de la PRC. La preocupación por la santidad de vida es un legado centenario de la denominación, y debe seguir siéndolo hasta que el Señor regrese.

Existe el peligro de que la enseñanza sobre la santidad se vuelva fría, abstracta y orientada a las reglas. Sin duda, hay ley en la santidad. Pero la santidad debe permanecer siempre como una santidad impulsada por el evangelio, que obedece los mandamientos en el contexto del amor del pacto que Dios establece con su pueblo en Cristo. Una manera de adentrarnos en esa verdad es viendo la relación entre santidad y belleza— la observancia de la cual es también herencia de la PRC.

LA HERMOSA SANTIDAD EN LAS ESCRITURAS

Las Escrituras relacionan "santidad" y "hermosura", entre otras formas, al usar la frase "la hermosura de la santidad". Esta frase se encuentra cuatro veces en la Biblia. 1 Crónicas 16:29: "Dad al Señor la honra debida a su nombre; Traed ofrenda, y venid delante de él; Postraos delante del Señor *en la hermosura de la santidad*". Salmo 29:2, "Dad al Señor la gloria debida a su nombre; adorad al Señor *en la hermosura de la santidad*". Salmo 96:9, "Adorad al Señor *en la hermosura de la santidad*; Temed delante de él, toda la tierra". Luego, el cuarto y último texto es 2 Crónicas 20:21, "Y habido consejo con el pueblo, puso a algunos que cantasen y alabasen al Señor, vestidos de ornamentos sagrados, mientras salía la gente armada, y que dijesen: Glorificad al Señor, porque su misericordia es para siempre".

En los primeros tres textos, los creyentes son llamados a adorar a Dios en el estado y condición de santidad, una santidad que es hermosa a los ojos de Dios.[2] Somos llamados a asistir a las reuniones públicas de adoración corporativa consagradas al Señor, para que verdaderamente podamos "dar al Señor" (1 Crónicas 16:29; Salmo 29:2). ¿Cómo puede haber un verdadero "dar al Señor" en la adoración sin esta santidad? Debemos estar *consagrados* a Dios desde el corazón cuando nos reunimos para adorar verdaderamente. Y cuando lo hacemos, eso es hermoso para Dios. Si preguntas, ¿qué considera Dios hermoso cuando nos reunimos los domingos por la mañana y por la noche? La respuesta no son los vitrales de la iglesia, ni nuestra ropa, ni nuestro peinado. Lo que es hermoso para Él es la *santidad*.

Este tema de la *hermosa santidad* se repite a lo largo de las Escrituras. En 1 Pedro 3:4, la *santidad* interior se describe como la verdadera *belleza* de una mujer piadosa. Isaías 61:3 habla de Cristo dando a su pueblo *belleza* en lugar de ceniza, una belleza que abarca tanto la justificación como la *santidad* de la santificación. Isaías 62:3 compara a los *santos* israelitas que regresan con una *hermosa* corona en la mano de Dios. Además, a lo largo del Antiguo Testamento, las cosas consideradas *santas* también son descritas como *hermosas*: los muebles de oro *santos* y *hermosos* del tabernáculo (Lev. 24:4), las vestiduras *santas* del sumo sacerdote diseñadas "para honra y *hermosura*" (Éxodo 28:2), y la *santa* Jerusalén, que es *hermosa* por su situación (Sal. 48:2). La iglesia también es descrita como la *santa* novia de Cristo—tan *hermosa* que "el rey deseará su *hermosura*" (Salmo 45).

Cuando Dios mira tu vida y la mía, ¿ve en nosotros esta belleza de santidad?

¿QUÉ ES LA SANTIDAD?

La santidad es consagración a Dios. Es estar espiritualmente apartado del mundo para el servicio a Jehová. Había muchos candeleros entre los israelitas, pero solo uno estaba apartado para Jehová en el tabernáculo. Había muchas vestiduras en Israel, pero solo algunas estaban apartadas para el servicio sacerdotal a Dios. Hay muchas personas en la tierra, pero solo algunas están separadas de la raza común de la humanidad para ser consagradas al servicio de Dios. Todo el pueblo de Dios es "linaje escogido, real sacerdocio, *nación santa*, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable". (1 Ped. 2:9).

La santidad comienza en la regeneración, donde se rompe el yugo del pecado y la persona es apartada posicional y definitivamente para Dios (1 Cor. 1:2). A medida que se desarrolla la vida de la regeneración, la santidad se va manifestando progresivamente en los pensamientos, motivos, palabras y obras del creyente.

SIETE CARACTERÍSTICAS DE LA SANTIDAD

Podemos mencionar varias características de la santidad. En primer lugar, la santidad se manifiesta en la vida *real* que una persona vive. Como lo dice el Catecismo de Heidelberg, P y R 91, la santidad *se practica*. El Dia del Señor 32 enseña que Cristo nos renueva por medio de su Espíritu para que podamos dar testimonio, con toda nuestra *conducta*, de nuestra gratitud a Dios. Las acciones, el comportamiento, las prioridades, lo que una persona hace con su tiempo, lo que no hace, las decisiones que toma (no solo los domingos) revelan su devoción a Dios o su falta de ella

En segundo lugar, esa vida revela la santidad cuando está bien ordenada según la *ley* moral de Dios. El cristiano santo "ordena su conducta correctamente", como lo expresa el Salmo 50. Así como dondequiera que mires la creación ves evidencia del orden de Dios, así también cuando observas a las personas recreadas por Dios, la marca de su obra creadora es una vida correctamente ordenada. Ese orden correcto de vida está determinado por la ley moral. La ley muestra cómo debe vivirse la vida, la manera en que realmente debe ser llevada. La ley no es simplemente uno de varios caminos posibles, sino la voluntad del Creador de la vida, que dice: "Este es el camino y no hay otro". Por lo tanto, la iglesia, en su testimonio tanto hacia dentro como hacia fuera, no debe menoscabar esa ley en nada de lo que sus mandatos pretenden abarcar: la adoración regulada, la sexualidad humana y el matrimonio, el Dia del Señor, y otros temas semejantes. Más bien, la iglesia declara esa ley como la descripción y el mandato autoritativos acerca de la vida que debe ser correctamente ordenada, de modo que, aunque el mundo ignore y desafíe la ley de Dios, el hijo de Dios se conforma a ella.

La tercera característica de la santidad es que produce una vida *opuesta* al mundo. Es *antitética*. Los no regenerados afirman una supuesta soberanía sobre sus propias vidas. Los regenerados se esfuerzan por someterse a la voluntad de Dios. Como dijo H. Hoeksema

en su descripción de los dos árboles, la diferencia radica en ser sumiso a Dios como su hijo o en intentar erigirse como un dios, como hace el mundo. La santidad se ve muy diferente del modo de vida en el mundo.

En cuarto lugar, ¡la santidad surge de un corazón lleno de amor! Fluye del corazón de una persona que, por naturaleza, busca hacerse dios junto con los demás. Pero Dios, en el evangelio, ha redimido su vida del abismo, y ahora vive para este Dios por amor a él. "Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón". (Salmo 119:32).

En quinto lugar, debido a que la santidad está arraigada en un corazón lleno de amor, esta santidad va más *profundo* que lo que está en la superficie de la vida. También se manifiesta en las partes de la vida que los demás no ven. A diferencia de la luz superficial de una pintura de Thomas Kinkade — creada para ocultar la disfunción y el pecado interior — La luz de Dios brilla más profundamente que esa superficie pintada, reordenando incluso las partes de la vida que están ocultas a la vista.[3] El espíritu santificador de Dios toma el corazón que ama todas las cosas equivocadas, o las cosas correctas de la manera equivocada, y comienza a ordenar rectamente los afectos del corazon de manera justa, y a partir de allí, toda la vida visible e invisible. Si hay alguien que está leyendo esto y está tratando de encubrir una vida de oscuridad entregada al mundo, pintando una luz superficial para que todos la vean, entonces no estás a salvo. Reconoce que no estás completo y que necesita del Médico, y acude con honestidad ante el Salvador que vino no a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento. Este Salvador no te dice: "Ordena tu vida primero y luego ven a Mí", sino: "Ven a Mí quebrantado, humilde, sumiso, confesando tu rebeldía y necesidad, y yo te sanaré, ordenando tu vida en Mi amor". Y todos los que leemos esto y tenemos pecados ocultos, hagamos lo mismo, llevando esas hipocresías honestamente a Cristo, en busca de perdón y sanidad.

En sexto lugar, la santidad es tanto *laboriosa* como *ligera*. No es que venir a Cristo quebrantado y necesitado signifique que crecer en santidad sea algo fácil o sin esfuerzo. Rara vez Dios elimina de inmediato y por completo los deseos errantes en su pueblo. Más bien, Dios obra en ellos, de modo que les da la voluntad y la fuerza espiritual para luchar contra esos deseos en su poder (Fil. 2:12). La santidad es un don que nos capacita para luchar. Y, sin embargo, a pesar de todo el esfuerzo, su yugo es fácil y su carga *ligera*. Trabajamos en la libertad del evangelio que nos exonera de la culpa de todos nuestros pecados, pasados, presentes y futuros. Y podemos ver que la vida a la que Él nos llama es una vida que glorifica a Dios, y al mismo tiempo, es buena para nosotros.

Finalmente, la séptima característica de la santidad es que es *limitada*. La santidad crece y sigue creciendo, pero es imperfecta en esta vida. Lejos de ser motivo de alegría para el cristiano, el pecado remanente le causa dolor. Sin embargo, ve que esto también es la voluntad del Señor hasta que Cristo regrese para bendecir a su pueblo con la santidad plena.

LA SANTIDAD ES HERMOSA

Parte de la motivación del hijo de Dios en su lucha contra el pecado es que sabe que la santidad es *hermosa* a los ojos de su Dios. El hijo de Dios es legalmente hermoso por la imputación de la justicia de Cristo, pero también es realmente hermoso por la impartición de esa justicia a él, la cual le concede una santidad de vida.

La belleza es algo difícil de definir. Pero podemos decir esto: la verdadera belleza tiene sus raíces en Dios. Dios mismo es hermoso. Agustín, especialmente, habló de Dios como hermoso, llamándolo "el inmutablemente hermoso".[4] Los teólogos protestantes no siguieron tanto a Agustín en esto, al menos no en sus obras dogmáticas.[5] Herman Hoeksema, sin embargo, enseñó que la gracia — que significa primeramente hermosa o atractiva (Prov. 22:11)— se origina en el hermoso Dios. Antes de que la gracia sea manifestada al hombre, existe eternamente dentro de la Trinidad. El Padre se deleita en la belleza del Hijo, el Hijo en la belleza del Padre, todo en la comunión del Espíritu.[6]

Esta belleza de Dios dijo Hoeksema, no es superficial. Es la belleza de la perfección ética.[7] Es decir, *es la belleza de la santidad*.

La santidad es hermosa en nosotros precisamente porque es hermosa en Dios. En los primeros tres versículos citados al comienzo de este artículo, la frase es la misma: "adorad al Señor en la hermosura de la santidad". En el último versículo (2 Crónicas 20:21) es un poco diferente: "Y habido consejo con el pueblo, puso a algunos que cantasen y alabasen al Señor…" y que *deberían alabar la hermosura de la santidad*. En los primeros tres versículos, la referencia es a nuestra santidad. En el cuarto versículo, "la hermosura de la santidad" ¡es Dios mismo! De hecho, es un *nombre* para Él. ¡Él *es* la hermosura de la santidad! Por esa razón, en la Biblia, que su pueblo sea *santo* es para nosotros ser *hermoso*. Para nosotros, ser santos significa ser un reflejo de la verdadera belleza que se encuentra en nuestro Dios. Como Dios mismo dice maravillosamente en Ezequiel 16:14: "Y salió tu renombre entre las naciones a causa de tu hermosura; porque era perfecta, a causa de mi hermosura que yo puse sobre ti, dice el Señor Dios".

Si la santidad es hermosa, entonces el pecado es abominable. De hecho, el pecado se describe en las Escrituras como una "mancha", una fea imperfección que arruina lo que debería ser hermoso — como la lepra en un hombre, una mancha en el animal del sacrificio, o una mancha en la novia de Cristo. Santiago llama al pecado la "mancha" del mundo que se ha manchado en nosotros (Stg. 1:27). Es repulsivo, vergonzoso y feo.

La santidad, en contraste, es hermosa.

¿Quieres saber qué es hermoso en este mundo? Hermoso es un esposo y una esposa que han tenido dificultades, pero que siguen trabajando en su matrimonio, siguen arrepintiéndose y encontrándose juntos al pie de la cruz, avanzando para la gloria de Dios y el bienestar de su hogar—como reflejo de la hermosa fidelidad de Dios—. Hermoso es el abrazo lleno de lágrimas de un padre a su hijo pródigo que regresa—como reflejo del hermoso perdón del Padre—. Hermosa es la fidelidad a un amigo que te ha dado la espalda con maldad y rencor —porque el Padre es hermosamente fiel contigo—. Hermoso es dar un vaso de agua fría dado en el nombre de Jesús—como reflejo de la hermosa gracia de Dios— Hermoso es bloquear tu dispositivo para que no seas tentado por la inmundicia— como reflejo de la hermosa pureza de Dios—. Estas y muchas cosas más son hermosas en este mundo, porque son la hermosa santidad de Dios reflejada en su pueblo.

Como pastor durante quince años en la PRC, he visto esta belleza en el pueblo de Dios en nuestra denominación, así como en otros creyentes de todo el cuerpo universal de Cristo. Sin duda, también he visto manchas. Manchas individuales y manchas corporativas, algunas de las cuales son muy desagradables y vergonzosas, y que necesitan ser enfrentadas, no disimuladas: pecados sexuales, pecados violentos, abuso de alcohol. Debemos *enfrentar* todo esto con honestidad, y presentarnos ante Jehová arrepentidos, buscando perdón y fortaleza para crecer. Pero aun así, hay belleza, verdadera belleza, una verdadera belleza espiritual que Dios mismo obra en nosotros, ¡alabado sea Él!

LA POSIBILIDAD DE SER HERMOSAMENTE SANTO

La posibilidad de esta belleza es sólo una maravillosa obra de la gracia soberana, irresistible y transformadora de Dios. "Pero por la gracia de Dios soy lo que soy", dice Pablo en 1 Corintios 15:10. "Ya no soy tan feo como antes lo era, ahora soy algo diferente, y la *gracia* ha hecho toda la diferencia". La gracia que comienza en Dios mismo como la belleza de su carácter éticamente perfecto, cuando Dios mira fuera de sí mismo, se convierte en un poder para liberar a un pecador de la fealdad del pecado y hacerlo cada vez más la imagen de nuestro hermoso Padre.

Esta es la verdad de la adopción. ¿Acaso un hijo no lleva de manera definitiva la imagen natural de su padre desde su nacimiento? Y, sin embargo, ¿no se va desarrollando esa semejanza cada vez más en él a medida que crece, viviendo en la casa del padre bajo su

influencia y autoridad? ¡Así también sucede con el pueblo de Dios, por una obra maravillosa de adopción! Habiendo sido escogidos para formar parte de su hermosa familia, aunque por naturaleza pertenecíamos a la horrible familia de Adán; tenemos el derecho legal de estar en su familia por la obra de Cristo, el hermoso Salvador, quien cargó con nuestros horribles pecados en la fea pero hermosa cruz, él nos hace renacer en su propia familia. La propia vida de Dios, manifestada en una vida humana por medio de Cristo, es tomada por el Espíritu y puesta dentro de su pueblo. ¡La santa hermosura de Dios mismo! La gracia usa la predicación de la ley y el evangelio, y nuevamente de la ley, junto con la disciplina y la providencia para moldearnos hasta que seamos reflejos de la santidad de nuestro Padre. Como hijos de Dios, cada vez más deseamos parecernos a Él. "Padre, no quiero esta fealdad— ¡hazme hermoso!" Y un día, cuando lo veamos tal como Él es, seremos semejantes a él (1 Juan 3:2). Totalmente transformados, adoraremos la belleza de la santidad, en la hermosura de la santidad.

UNA IMPORTANTE MANIFESTACIÓN DE ESTA HERMOSURA

¡Qué regalo tan precioso compró el Salvador para nosotros—no solo nuestro perdón, sino también nuestra transformación! —Él deseaba que tuviéramos la hermosura de la santidad tanto que murió para obtenerla para nosotros. ¿Crees que lo mereces, hijo de Dios? ¿Crees que merecías esto en el pasado o lo mereces en el futuro incluso por tu progreso en santidad? Fue y es, y siempre será la gracia de un *favor inmerecido*,

Y dado que la santidad es un don de gracia, ¿no llevaremos también *esta* hermosura de Dios, siendo misericordiosos con los demás que no lo merecen, tal como Él ha sido misericordioso con nosotros, indignos cómo somos? Este es un principio: Seremos con los demás lo que creemos que Dios ha sido con nosotros. Él no ha comprometido la verdad con nosotros. No comprometas tú la verdad. Pero Él ha sido tan misericordioso con nosotros, pobres, feos e indignos pecadores. Seamos pues, tambien misericordiosos con los demás, hermosos como Él.

Cuán misericordioso es nuestro Dios al permitirnos participar de la hermosura de su santidad. Que resuenen alabanzas a Él por los próximos 100 años y por toda la eternidad.

1 Herman Hoeksema, "The Antithesis in Paradise," (La antítesis en el paraíso), en el Standard Bearer, vol. 1, no. 1 (octubre de 1924), 9.

2 John Gill, por ejemplo, comenta: "El Señor solo debe ser adorado… y en verdadera santidad, en la cual hay una verdadera hermosura: la santidad… es la hermosura de los santos, es lo que los hace semejantes a Cristo, y por la cual son partícipes de la naturaleza divina; y en el ejercicio de las gracias santas, y en el cumplimiento de los deberes santos, deben adorar al Señor; a menos que esto deba entenderse como el lugar de adoración, el santuario, o lugar santo en el tabernáculo; o más bien, la iglesia de Dios, donde la santidad se convierte; pero el primer sentido parece mejor".

3 Para obtener información acerca de Thomas Kinkade y su intento de pintar y ocultar la podredumbre de una vida pecaminosa, consulte aquí: https://www.bbc.com/culture/article/20250326-why-the-quaintpaintings-of-thomas-kinkade-divided-the-us

4 Herman Bavinck, Dogmática Reformada, vol. 2, 254.

5 H. Bavinck, 254. Bavinck dice que los dogmáticos reformados hablaron de la gloria de Dios en lugar de hablar de su belleza, Hoeksema habló de ambas.

6 Herman Hoeksema, Dogmática Reformada, vol. 1 (Reformed Free Publishing Association, 2004), 159-160. Otros antes de Hoeksema señalaron que la palabra gracia significa, ante todo, hermosura, belleza y esplendor. Sin embargo, no he encontrado otro dogmático reformado que haya explicado que la gracia es un atributo de Dios en este sentido. Si existe alguno, me gustaría saberlo.

7 H. Hoeksema, 159.